

CAPÍTULO 4

Decir feminismo no (es) solo hoy. Algunas reflexiones sobre tiempos, tensiones y preguntas para pensarnos desde y con la historia

PANCHIBA F. BARRIENTOS*

El 8 de marzo del año 2020, justo unos días antes de que la pandemia comenzara a extenderse por nuestro país y que el Covid-19 y las cuarentenas resonaran con fuerza en nuestros imaginarios políticos, sociales y colectivos, millones de personas de todas las edades inundaron distintas ciudades y comunas de este estrecho territorio hoy llamado Chile para sumarse a la que podemos pensar como una de las convocatorias colectivas más masivas, visibles y extendidas que recuerde nuestra historia.

Ese 8 de marzo la ciudad transformada nos llamaba a recorrerla entregándonos una imagen colorida de sí, a partir de la cual millones de voces reverberaban en una red difusa –pero conectada– de espacios de reunión, encuentro y disputas. Una multitud de pañuelos verdes, morados y multicolores parecía inundarlo todo, tocarlo todo, transformarlo todo.

La Plaza de la Dignidad y la Alameda abiertas eran el centro del centro, algo así como un umbral que nos abría el camino hacia una ciudad nueva que palpitaba bajo los pies de lxs marchantes y que se desbordaba resonando con otras veredas, plazas y barrio. Feminismo enjambre, marea feminista, euforia, manada de lobxs.

Podemos pensar el 8 de marzo del 2020 como una ola carnalesca que trastocó la ciudad por varias horas para volverla habitable, articulando imaginarios que tensionaban los conceptos de conmemoración, protesta, encuentro, huelga, acción colectiva, sujeto político, urgencia y espacio seguro. Ese día había tanta gente en la calle que es probable que muchxs de quienes lleguen a tener este libro en las manos tengan grabadas en la memoria sus propias historias, experiencias y reflexiones sobre lo que ocurrió ese domingo.

* Doctora en Filosofía, Universidad de Chile. Directora de la Biblioteca Fragmentada. Red de historiadoras feministas.

Necesitamos pensar en días como ese y sentirnos contenidxs al amparo de las fuerzas que nos hacen vibrar bajo el sentido utópico de un tono que se imagina común y que es capaz de hacernos soñar algo así como un nosotrxs compartido, participativo y abierto. Pero, también, necesitamos preguntarnos sobre los efectos de lo multitudinario y esos mantos de silencio, borramiento, ausencia y olvido que a veces se despliegan en nuestros intentos de estar juntxs o que aparecen y nos amenazan cuando imaginamos un horizonte o unas memorias capaces de cobijarnos a todxs.

Necesitamos mirar más allá de las cifras y, por mucho que nos parezcan atractivas e incluso movilizadoras, debemos repensar la masividad de estas convocatorias intentando interrogar las potencias y tensiones que se desprenden de la multitud y del sentido figurado de ese conjunto de voluntades que performáticamente, al tocarse ocupando las calles, se vuelven potencia común.

¿Quiénes eran aquellxs que, bajo el sol abrasador del verano del 8 de marzo del 2020, abarrotaron las calles, las plazas y las esquinas entre cantos, pancartas, gritos, perreo, acciones de arte, bailes, encuentros y abrazos?

Responder a esta pregunta no es tan simple, pues en el ejercicio del despliegue de una posible solución se desarrollan una serie de situaciones que interrogan epistemológica y éticamente algunas cuestiones que hunden sus raíces en lo más profundo de los imaginarios y los sentidos políticos de los feminismos contemporáneos.

Interrogadxs sobre quiénes se convocaron masivamente el 8 de marzo, algunxs dirán que fueron las feministas y otrxs que, en realidad, eran distintos grupos de mujeres. Seguramente, habrá quienes insistan en poner el acento en la edad de lxs participantes y se dirá que fueron lxs jóvenes, quizás lxs secundarixs y lxs universitarixs, protagonistas también de otras acciones conmovedoras de nuestra historia reciente. Habrá quienes se centrarán en dar cuenta de la importante presencia de lesbianas; otrxs torcerán ese concepto y resaltarán que eran camionas, personas no binaries, lesbianas feministas o lesbofeministas; otrxs preferirán la palabra disidentes sexuales –o tal vez disidencias a secas– y quizás incluirán la sigla LGBTIAQ+. Algunxs dirán que las mujeres trans ese día también estaban en la calle y que es necesario dar cuenta de su participación, porque históricamente se les ha invisibilizado. Para unxs será fundamental hacer referencia a la clase o a los territorios múltiples que habitamos. Es probable que algunxs busquen posicionar la necesidad de mirar a los colectivos de mujeres migrantes o afrodescendientes a la hora de articular su relato. Mientras que otrxs harán hincapié en el gran

número de banderas mapuche que ese día ondeaban sobre esquinas y plazas de todo el país. Tal vez unxs dirán que no podemos olvidarnos del carácter festivo y familiar de la marcha, puesto que hijas y madres y abuelas de distintas edades recorrieron juntas las calles ese día. Habrá también quienes insistan en hablar de la #HuelgaFeminista, remarcando el carácter internacional de la protesta y su potencia transfronteriza. Se nombrará a quienes creen en la urgencia de la legalización del aborto o a quienes luchan por la educación no sexista y por la educación sexual integral. Habrá quienes resalten la presencia de las trabajadoras sexuales; de las feministas académicas; de lxs artistas; de las autónomas; de las institucionales de antaño, de las que hoy forman parte de los partidos políticos y, quizás también, de las que integran colectivos de distintos tipos.

No es sencillo, entonces, decir rápidamente quiénes fueron aquellxs que lanzándose a las calles nos removieron el corazón y la memoria cuando estábamos partiendo este año tan complejo. No es fácil responder, porque al hacerlo corremos el riesgo de silenciar parte de los nombres, las demandas, las necesidades, las experiencias y los modos de aparecer de quienes integraron transitoriamente ese grupo informe, enorme y hasta contradictorio que volvió intransitables las calles copando los espacios con sus propios cuerpos.

Sin embargo, aunque sea difícil, necesitamos insistir en la pregunta, pues renunciar a ella es perder gran parte de la riqueza de un horizonte político que va más allá de la masividad y que está cargado de contenidos que, a veces, funcionan juntos en apariencia casi armónica, pero que, al centrar la mirada de manera más directa y a escalas más pequeñas, pueden distanciarse y volverse contrapuestos e irreconciliables. ¿Qué podría pasarnos si, al dejarnos seducir por la fuerza de la masividad, dejamos de lado la pregunta sobre quiénes eran y qué convocaba a lxs marchantes? ¿Podemos acaso seguir gritando «ahora que estamos todas, ahora que si nos ven»?

Nuestras formas de pensarnos y nombrarnos se construyen atravesadas por experiencias, deseos y accidentes. Nunca somos una sola cosa y cuando ocupamos los espacios, cuando nos movemos y nos juntamos con otrxs, no dejamos de ser de aquello que somos, aun cuando a veces estratégicamente o, por fuerza, usemos —o se nos imponga— una sola forma de volvernros visibles.

Podemos ser, al mismo tiempo, feministas y lesbianas, hijas, migrantes, académicas, pro-aborto, madres, habitantes de distintas ciudades, personas no binaries, trabajadorxs, activistas, antiespecistas, personas trans y quizás gente ya no tan joven. Todas estas cosas pueden servir para nombrarnos y, juntas, complejizan

y transforman los modos en los que las experiencias nos articulan, así como, también, las formas en las que imaginamos, deseamos y construimos junto a otrxs nuevos mundos posibles.

Las palabras están vivas y cambian. El concepto feminismo(s) no puede ser una excepción, tenemos que pensarlo, rasgarlo, desarmarlo y desconfiar de sus lugares fijos.

Entendidas como una potencia y armadas con la capacidad de diferir siempre de sí, las palabras abren puntos para el encuentro y nos permiten crear sentidos de comunidad para pensarnos ya no tan solxs, articulando colectividades imaginarias que desafían los márgenes del reconocimiento y lo ensanchan. Por el contrario, convencidxs de saber lo que los conceptos significan, tejemos imaginarios morales en torno a ellos y nos volvemos vigilantes de sus sentidos, acepciones y significados, restándoles fuerza hasta el punto, incluso, de comprometer o anular su capacidad generadora y su empuje político.

Las palabras que usamos se mueven con y en la historia y en esos ejercicios se transforman. Nuestros nombres y las palabras que les dan sentido a nuestros mundos están delimitados por tiempos, memorias, territorios, desplazamientos y traducciones que complejizan sus alcances y desvían nuestra mirada hacia lugares nuevos. Así, para entender un concepto necesitamos mirar los contextos que lo han visto nacer, pero, también, debemos adentrarnos en aquellos marcos que lo han redefinido por el uso y que le han dado nuevas formas entre disputas, apropiaciones y reclamos.

A lo largo de las páginas siguientes quiero pensar en los modos en los que el concepto feminismo nos interpela hoy y en cómo podemos acercarnos a pensarlo más allá de la masividad. También, quiero insistir en algunas palabras que lo han tocado o se han dejado tocar por él en distintos momentos de la historia de los siglos XIX y XXI en Chile. No trataré aquí de acercarme a una definición final ni nada parecido, más bien quiero pensar los feminismos como una noción difusa cuyos sentidos profundos distan de ser obvios o completamente transparentes, es decir, como una palabra sobre la que necesitamos volver una y otra vez para empaparnos de sus posibilidades y potencias.

Al pensar en los feminismos es necesario entonces que –tal como nos propone Olga Grau (2018) en su texto, «Un cardo en la mano»⁴³, nos hagamos cargo, de

⁴³ Olga Grau (2018). «Un cardo en la mano». En Zerán, Faride (ed). *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado*. Santiago, LOM ediciones, pp. 91-97.

manera abierta y colectiva, de la difícil tarea de tratar de tomar este concepto espinudo, aunque nos pinchemos, aunque duela, aunque sangremos un poquito.

1. Volver a mirar los conceptos para hacerlos vibrar

Hace mucho tiempo tengo la sensación de que algo pasa –algo nos pasa o nos pone excesivamente defensivxs– cuando intentamos hacernos ciertas preguntas en torno a los feminismos, sus conceptos clave, su(s) sujeto(s) político(s), sus horizontes y los movimientos múltiples que se articulan a su alrededor o que surgen en diálogo con ellos. Me parece urgente que nos preguntemos ¿qué palabras ocupamos? ¿Cómo las usamos y qué esperanzas ponemos en ellas? ¿Qué preguntas no nos estamos haciendo y por qué pareciera ser que incluso existen algunas preguntas que nos inmovilizan?

Retrocedemos asustadxs frente a lo que, pensamos, podría separarnos. Algo innombrable nos fuerza a silenciar la diferencia y el disenso, como si al preguntarnos sobre lo que las palabras significan y sobre los modos en los que en determinados contextos han llegado a construirse o a usarse, abriéramos una puerta que puede romper algo, quebrar algo, dejar una marca que ya no podremos reparar y que nos distanciará irremediabilmente.

Pero para pensar los feminismos necesitamos explorar un cierto sentido del despojo, que nos permita desconfiar del propio lugar e imaginar los conceptos que usamos para nombrarnos más allá de la brillantez cegadora del presente, de los significados cerrados y de las palabras que nos resultan cómodas y seguras. Para pensar los feminismos debemos, entonces, abrirnos a la posibilidad de la contradicción y *bajarnos del pony moral*, con el fin de abandonar las posiciones vigilantes, tal como plantea Julieta Massacese (2018) en su texto «Bajarse del pony: separatismo, arrogancia y construcción del enemigo» (Massacese, 2018).

Necesitamos insistir en las palabras e interrogarlas para hacerlas vibrar, porque cuando las cosas vibran mueven otras cosas, rompen, sueltan, transforman. Cambian lo que las toca y lo que tocan.

Cuando las palabras vibran, lo que hacen es resignificar sus acepciones, torcer sus usos conocidos, articular conceptos nuevos y reconocer sus caminos ya andados, dando cuenta de los modos en los que han surgido, se han hecho comunes y han ocupado distintos lugares a lo largo de la historia. Todas las palabras tienen una historia. Es una historia abierta y nosotrxs, al acercarnos a ella, tejemos también, en parte, esa tirante red que las hace participar del mundo.

En Chile desde hace unos años asistimos a un estallido de imaginarios y enunciaciones feministas que, al mismo tiempo que nos ha maravillado, nos mantiene en un torbellino difícil de asir, en el que el concepto feminismo(s) y otras palabras que, desde un horizonte histórico y epistemológico, podríamos pensar como afines, se nos escapan, primero, entre las exigencias de un hacer que nos convoca política y afectivamente de manera urgente, y luego, en una especie de renuncia al conflicto que, en el impulso de la masividad, inmoviliza nuestros esfuerzos por acercarnos a algunos conceptos más allá de las consignas y los lugares comunes.

Pensarse feminista(s) y decirse feminista(s) ahora, no es lo mismo que hace algunos años. Hoy, en Chile, hay más personas que se nombran feministas que antes, muchísimas más. Podemos ver un conjunto amplio de símbolos feministas por la calle, en el metro, en las protestas, en los parques, y hasta en las pantallas de nuestros computadores cuando nos conectamos a un seminario vía *zoom*. Apareciendo por todos lados hay feministas y símbolos feministas, y eso es interesante y movilizador, pero al mismo tiempo genera una serie de dificultades que es necesario hacer visibles para pensarlas críticamente y para disputar lo que entendemos por feminista(s) o feminismo(s), a fin de evitar que estos conceptos pierdan vitalidad y potencia política.

Debemos asumir que los feminismos hoy, quizás más que en muchos otros años anteriores, —o al menos de una manera diferente a lo que habíamos experimentado en otras décadas—, son, al mismo tiempo, una fuerza que se abre y se difumina; que se multiplica y complejiza, pero que, también, se borrona y se consume.

Hasta el mercado trata de sacar una tajada de esta explosión que ha vuelto tan masivos a los feminismos en Chile y el mundo. Y aunque sí, es maravilloso que casi todas las librerías ahora tengan secciones feministas, basta con que nos demos una vuelta husmeando en sus repisas para que nos hagamos una idea de lo difuso que puede llegar ser este concepto o de las complicaciones y contradicciones que se nos pueden presentar cuando intentamos acercarnos a él.

2. El dilema de la masividad y el sueño de lo común

¿Qué decimos cuando decimos feminismo(s)? ¿Cómo explicamos qué es ser feministas hoy y cómo se ha pensado en distintos momentos de la historia? ¿Cómo llenamos de sentido y de significados estos conceptos sin cerrarlos y, al mismo tiempo, sin diluirlos? ¿Qué es lo que hace que en la actualidad nos sintamos

masivamente convocadxs con los feminismos y que, al mismo tiempo, coexistan a su alrededor tantas interpretaciones, apropiaciones y desvíos contradictorios?

Hasta el año 2018 no habíamos asistido a una explosión feminista tan masiva y visible como la que fue impulsada durante ese primer semestre que hoy conocemos como Tsunami Feminista, Revuelta Feminista, Mayo Feminista o Año de las Tomas Feministas. Estalló en las universidades a través de denuncias, foros, marchas, protestas, paros y largas tomas, surgidas en respuesta a los innumerables casos de acoso sexual, violencia y expulsión, que diversas personas experimentaron durante sus tiempos de estudiantes y qué tocó, también, a lxs docentes y a lxs funcionarixs.

Sí, ese año todo comenzó en las universidades, pero rápidamente los conflictos escalaron y las desbordaron, llegando a distintos medios de comunicación y, en algunos casos, incluso, a la justicia ordinaria. A partir de allí, las protestas y denuncias surgidas en el marco de diversas instituciones de educación superior reverberaron con fuerza más allá de las universidades, dando paso a que otros sujetos, también, comenzaran a mirar hacia los feminismos para relevar su importancia y urgencia. Hablar, compartir experiencias y decir lo vivido en grupos de encuentro que rememoraban los antiguos círculos de mujeres empujó una ola imparable de reconocimiento y complicidades cuyos efectos aún podemos sentir hoy.

Sería un error no reconocer este momento como un punto de inflexión y una reconfiguración del escenario feminista en Chile o no pensarlo como un tiempo que nos llena de fuerzas o de ganas de cambiar tantas y tantas cosas. Sin embargo, sería muy injusto, también, no mirar más atrás en la historia para acercarnos a otros hitos significativos capaces de tirarnos cada vez más lejos y que nos impulsan a desmontar o, al menos a tensionar, la idea de que lo del 2018 fue una irrupción sin precedentes o que llegó para removernos de un largo silencio, con acciones, sensaciones y discursos absolutamente nuevos.

No podemos pensar el 2018 sin referirnos a los años anteriores en los que, por ejemplo, estudiantes de diversas universidades se atrevieron a levantar la voz contra sus acosadores, muchas veces en situaciones dolorosamente injustas y solitarias, sin el respaldo de la visibilidad y la masividad que se desataron en torno al Mayo Feminista.

Tampoco podemos pensar el 2018 sin la potencia de las manifestaciones estudiantiles del año 2011, tiempo de multitudinarias protestas, que ahora nos parecen casi épicas, desde las que se levantaron las voces unidas de miles de estudiantes universitarixs y secundarixs. Ese fue el año en que se potenciaron las Secretarías y Vocalías de sexualidades y género, organismos que cambiaron

para siempre el panorama general en las universidades chilenas, denunciando la violencia y el impacto de la heterosexualidad compulsiva y las discriminaciones arbitrarias dentro de los planteles, ya no sólo a nivel institucional, sino, también, llamando la atención de los propios estudiantes sobre sus prácticas machistas y sobre el impacto de los discursos de odio.

Tenemos, además, que mirar hacia el 2007 y el 2008, cuando las calles se dejaron remecer por las marchas y encuentros que se convocaban para rechazar el fallo con el que el Tribunal Constitucional intentaba detener la legalización, distribución y el uso de la píldora del día después, por considerarla abortiva.

Podríamos seguir, así, con esta lista y hundir sus raíces hasta las profundidades de comienzos del siglo XX o incluso más allá. Lo importantes es reconocer que, en Chile, eso que se ha imaginado como ondas de silencio y estallido podemos contestarlo echando mano a nuestras propias memorias y siendo generosas con el reconocimiento de la labor de tantxs y tantxs compañerxs que nos han antecedido.

Quiero insistir en la necesidad de volver a mirar la historia, porque si hay algo que, en parte, nos ha hecho la masificación acelerada de los feminismos y sus imaginarios en los últimos años es, precisamente, una especie de enjuague de la memoria, que nos hace pensar que todo es nuevo, y a partir del cual algunos de los colores con los que antes podíamos mirar otros tiempos feministas se han deslavado y vuelto menos perceptibles.

La luz excesiva no nos deja ver. Tenemos que hacer algo con la brillantez y la intensidad del concepto feminismo(s) y también con palabras claves como feministas, sororidad, vulnerabilidad, reconocimiento, espacio seguro y mujeres, pues así como estas pueden llevarnos a lugares transformadores, movilizadores o política y éticamente comprometidos con nuevas formas de encontrarnos. Pues estas pueden, si no las pensamos críticamente y desconfiando de los lugares en que se vuelven demasiado obvios, conducirnos a horizontes cerrados, en los que, en nombre de lo urgente, la emancipación, la denuncia de las violencias y la justicia, se borrarían otras formas menos visibles de estar en el mundo y de nombrarse o, lo que es mucho más peligroso, se despliegan discursos totalizantes y vigilantes que, incluso, pueden poner en riesgo la vida de algunas personas.

Por ejemplo, no podemos olvidar que mientras asistimos a este despliegue masivo de imaginarios feministas que nos alegra, emociona y convoca, estamos experimentando también, como país y como región, un resurgimiento preocupante de distintos imaginarios y prácticas RadFem o TERF, es decir, de aquellos

feminismos que impulsan discursos de odio transexcluyentes y propugnan nociones esencialistas o normativas acerca de cuál es el sujeto político del feminismo.

Asimismo, tampoco podemos dejar de observar los avances de algunos discursos punitivistas y abolicionistas que, en nombre del feminismo, se vuelven cada vez más vigilantes o moralizantes, y que construyen lugares comunes cerrados para dar cuenta de las experiencias, preocupaciones y preguntas *de las mujeres y las feministas*. Estos discursos no contemplan las diferencias que nos constituyen y que pueden permitirnos poner en práctica otras formas de encuentro en las que se articule como centro ya no sólo lo que se imagina común, sino también aquello que, al entrar en contacto con otrxs, nos impulsa a pensar que «sin una comprensión de las condiciones de vida y habitabilidad y su diferencia relativa, no podemos saber qué destruye la violencia ni por qué debería importarnos» (Butler 2020, 32-33)

Hoy feminismo es un concepto en disputa que por su impacto y ubicuidad es visto por muchos como un lugar que puede ser cooptado para posicionarse, para hacerse un nombre o para obtener réditos personales de diversos tipos. Así, por ejemplo, el 2018, mismo año en que nos conmovíamos y enrabiábamos masivamente pensando en el remezón feminista que con sus denuncias y reflexiones se tomó primero las universidades y después las calles, el presidente Sebastián Piñera –cuyo gobierno destacará en la historia, entre otras cosas, por las violaciones sistemáticas a los derechos humanos en el marco del estallido social de octubre del 2019 y por la gestión descarnada y cargada de denuncias de negligencia frente a la crisis del COVID-19– declaraba, generando indignación, que «si [el feminismo] significa creer en una plena y total igualdad de derechos, deberes y dignidad entre hombres y mujeres, sí soy feminista»⁴⁴.

A partir de situaciones como las descritas en los párrafos anteriores, resulta evidente que tenemos ante nosotrxs desafíos enormes que tienen que ver con los modos en los que la masificación de los feminismos borrona, a ratos, nuestras posibilidades de discusión y abre zonas grises a partir de las cuales la potencia de la palabra feminismo(s), en algunos casos, se despolitiza y en otros se rigidiza y vuelve vigilante, impulsando formas que articulan agendas marcadas por la expulsión sistemática de algunos sujetos y la cancelación de otrxs.

⁴⁴ Presidente Piñera: «Si feminismo significa creer en la igualdad entre hombres y mujeres, sí, soy feminista» <https://www.cnnchile.com/lodijeronencnn/presidente-pinera-si-feminismo-significa-creer-en-la-igualdad-entre-hombres-y-mujeres-si-soy-feminista_20180601/>, consultado el 11 de noviembre de 2020.

La historia es una herramienta imprescindible, pues impulsa preguntas, reflexiones y disputas conceptuales que guardan en sí la fuerza de tensionar nuestro presente y pensar críticamente los conceptos que utilizamos. Debemos construir memorias e insistir en las palabras, porque en los cruces en que se disputan las vivencias de otros tiempos y los significados múltiples que damos a los conceptos que imaginamos centrales para nuestros quehaceres políticos, se despliegan los mundos que habitamos, los que reconocemos como posibles y los que soñamos y trabajamos por construir.

3. Cuatro puntos dibujados sobre arena

Quiero proponer a continuación cuatro puntos que me parecen significativos para pensar en algunas de las tensiones y aperturas que podemos reconocer entre los feminismos desarrollados en Chile y que hacen eco de distintas maneras en nuestras experiencias recientes. Es necesario considerar que cada una de ellas hunde sus raíces en tiempos y experiencias diversas y que, muchas veces, han operado de manera conjunta.

Tenerlas a la vista nos permitirá dar cuenta de algunas discusiones conceptuales de gran relevancia para el desarrollo de los feminismos locales, así como también para dar cuenta de sus dificultades, urgencias y contradicciones.

Propongo que al pensar sobre estos puntos los imaginemos –tal como escribió Gloria Anzaldúa (2015) pensando en el concepto de autohistoria– dibujados sobre la arena y no tallados sobre piedra, es decir, abiertos perpetuamente al cambio y vulnerables frente al paso del tiempo o las inclemencias del ambiente:

1. El feminismo y *la mujer*

Los feminismos y *la mujer* en ocasiones son pensados como categorías tan cercanas que, incluso, pueden llegar a ser vistos como parte de una conexión indisoluble, como si algo *natural* las uniera hasta el punto de transformarlas en una especie de continuidad que es tremendamente efectiva en sus formas de perpetuarse.

Para algunas personas, la unión que se despliega entre los conceptos *la mujer* y los feminismos sigue siendo fundamental y, aunque es un elemento central que es necesario pensar de maneras creativas y expansivas desde los activismos actuales –puesto que puede ofrecer importantes desarrollos críticos e impulsos transformadores–, requerirá, también, aperturas y revisiones conceptuales que

desafíen las posiciones que apelan únicamente al carácter biológico o esencial que sustentan la verdad de lo femenino.

Es fundamental problematizar de manera constante la relación entre la mujer y los feminismos, puesto que, muchas veces, surgen en torno a ella horizontes totalizantes que sostienen imaginarios idealizados de lo que significa ser mujer y articulan discursos normativos o autoritarios que pueden perpetuar espacios de vulnerabilidad en los que distintos sujetos son marcados como otrxs, indeseables o imposibles. Asimismo, algunos de estos discursos pueden también volverse peligrosos al invisibilizar la violencia entre mujeres, distintos tipos de mujeres o al minimizar sus efectos.

En este tipo de interpretaciones políticas el patriarcado ocupa un lugar central como eje articulador de todas las violencias a las que se ven enfrentadas las mujeres y, en muchas ocasiones, se proponen relatos universalizantes acerca de la experiencia femenina, silenciando las diferencias y restando importancia a las situaciones, existencias, cuerpos, vivencias y formas de vinculación con el mundo que desafían el relato lineal de aquello que es pensado como propio de las mujeres y de los modos en los que estas son afectadas por la violencia del patriarcado.

La categoría mujer ofrece un horizonte de interpretaciones que es tremendamente abierto y a partir del cual es posible complejizar nuestras reflexiones feministas, así como también a distintos discursos asociados a nociones tales como: cuerpo, naturaleza, sexo, género(s), identidad, diferencia, cultura, colonialismo, experiencia, patriarcado y capitalismo.

Para problematizar la categoría mujer necesitamos desconfiar de lo que hemos aprendido sobre la naturaleza y sobre quiénes somos, lo mismo que de los saberes occidentales desde los que se nos ha enseñado a pensar los cuerpos y sus diferencias.

II. Feminismos y activismos LGBTIAQ+

Las relaciones entre los feminismos y los activismos LGBTIAQ+ son complejas y pueden ser ricas, por lo que es necesario dar cuenta de sus matices proponiendo análisis que tomen en consideración distintos tiempos, lugares y propuestas específicas, que habrán de determinar los modos de aparición de los diferentes sujetos LGBTIAQ+ y feministas en los horizontes activistas chilenos.

Al referirnos a la sigla LGBTIAQ+ estamos haciendo referencia a un conjunto amplio de identidades sexuales y de género, no siempre fijas y que en distintas épocas se han construido de maneras muy diferentes. Es de destacar, por ejemplo,

que las letras A, I, Q y el signo + son de inclusión bastante reciente y que no siempre son incorporados o reconocidos como parte de este universo por todas las personas que utilizan la sigla, por lo que podemos encontrar distintas variaciones de ella a lo largo de los años. Igualmente, compleja fue en otro tiempo la inclusión de la B –de la bisexualidad–, puesto que esta expresión del deseo no siempre ha sido bien aceptada, por lo que ha debido enfrentar silenciamiento, invisibilizaciones y acusaciones de diversa índole.

Parte de las críticas que, históricamente, se le han hecho al mundo LGBTIAQ+ tiene que ver con su insistencia en lo identitario; sin embargo, la inclusión de la Q y el + han buscado abrir este horizonte hacia otros lugares más difusos. Con el fin de tensionar esta insistencia en lo identitario y como parte de un giro reflexivo marcado por los imaginarios *queer*, desde finales de la década de los dos mil en adelante se introdujo el concepto disidencia sexual, cuyas reminiscencias nos hacen pensar en los modos en que hoy se utiliza como referencia el término disidencias para referirse al conjunto de sujetos que viven, se piensan o se identifican en tensión con los mandatos de la heterosexualidad compulsiva.

Los modos de nombrarse cambian y muchas veces con ellos, también, se transforman las maneras en que distintos grupos se piensan a sí mismos y ponen en prácticas sus intercambios con otrxs. Por ejemplo, en los últimos años hemos asistido a una renovación del uso del concepto lesbofeminista, el cual anteriormente cargaba con un estigma de violencia transfóbica y con unos ciertos modos específicos de pensar al sujeto del feminismo y a las mujeres. Hoy, sin embargo, una parte importante de las nuevas generaciones feministas que rescatan este término en Chile se distancian críticamente de la transfobia y reflexionan de manera más fluida sus concepciones en torno al género, las mujeres y los sujetos feministas. Destacan aquí, por ejemplo, las asambleas lesbofeministas levantadas por activistas jóvenes tanto de Santiago como de otras regiones que fueron articuladas a la luz del 18 de octubre.

Una apertura similar e interesante ha surgido, actualmente, en torno a conceptos tales como separatismo y espacio seguro que, en Chile, a diferencia de lo ocurrido en otras regiones del Cono Sur, han dado, en los últimos años, un giro de apertura crítica, desplazándose desde concepciones cerradas centradas y ligadas a lo biológico hacia horizontes que se expanden en función de las posibilidades asociadas a las construcciones e imaginarios autopercibidos del género.

Un asunto clave que ha surgido de la relación entre los feminismos y los activismos LGBTIAQ+ o de la disidencia sexual en Chile, tiene que ver con las

posibilidades de interrogar los roles de género y sus mandatos binarios, así como también algunas de las normas que ordenan a los cuerpos dentro del sistema de la heterosexualidad-racista-compulsiva. Esto, tal como se ha trabajado en profundidad en el capítulo 3 de este libro, ha significado el impulso y surgimiento de culturas públicas tremendamente atractivas y complejas.

III. Feminismos y género

Si tuviéramos que rastrear los modos en los que el concepto género llegó a Chile y comenzó a asentarse en los distintos lugares en los que es posible encontrarlo hoy, sin duda, habría que apuntar a tres horizontes distintos. Primero, a los espacios académicos ligados a los estudios de la mujer; en segundo término, al mundo de las ONG y la cooperación internacional; y por último, a la política y al Estado.

Género es un concepto acuñado a mediados del siglo XX en un contexto muy distinto al que podríamos imaginar de buenas a primeras, ya que surgió dentro del horizonte médico asociado a investigaciones ligadas a la endocrinología y la psiquiatría. En la década de 1970 dio un salto y adquirió nuevos usos en el marco de algunos feminismos académicos y también entre activistas estadounidenses. A partir de allí se extendería rápidamente a distintos países, complejizándose, cambiando y abriendo preguntas que, aún hoy, resultan tremendamente productivas y movilizadoras.

Durante la década de 1980 distintas estudiantes y académicas chilenas comenzaron a trabajar en torno a las mujeres como sujeto de la historia y de otras disciplinas afines a las humanidades y las ciencias sociales, abriendo rutas hacia horizontes reflexivos que tensionaban sus campos disciplinares y de estudios con preguntas y conceptos nuevos.

Así, distintas autoras encontraron en el género una herramienta teórica potente para pensar, entre otras cosas, las relaciones de poder; las diferencias entre hombres y mujeres; lo público y lo privado; y las formas en que se articulaban las normas y mandatos de la heterosexualidad compulsiva.

Estas experiencias y preocupaciones impulsaron la conformación de un entramado de publicaciones y circuitos de intercambio, que, con el paso del tiempo, cristalizaría en la aparición de programas y centros de estudio de género en diferentes ciudades del país. El primero de ellos se fundó en Concepción en 1989, llevando por título Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM). Más tarde sería en turno de Santiago, ciudad en la que se fundaría, primero, en 1991, el Centro de

estudios de género y cultura en América Latina, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile (Cegecal), y luego el Centro de estudios de género de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad, en 1993. Esto ayudó a asentar el concepto género en las universidades y, aunque en parte, también impulsó a una normalización de su uso, permitió que este se ampliara hacia nuevos lugares y que sus significados pudieran seguir siendo interrogados.

Durante las décadas de 1980 y 1990 las ONG que trabajaban en torno a las mujeres, la prevención de la violencia de género y el desarrollo comunitario se volvieron muy importantes. Con el fin de la dictadura estas organizaciones comenzaron a recibir financiamiento de distintos países europeos que movilizaban fondos para apoyar el desarrollo de políticas de género en países subdesarrollados. Existieron distintas ONG de este tipo a lo largo del país que fueron muy importantes en la consolidación de los usos y la presencia del concepto género en Chile. Además, estas jugaron un rol clave en las discusiones sobre la Conferencia Mundial sobre la Mujer, que se desarrolló en Beijing, China, en 1995.

El desarrollo de la Conferencia de Beijing de 1995 fue un tema que acaparó la discusión pública en Chile durante varios años y que marcó un antes y un después en la forma en que el Estado se relacionaría con el concepto género. Debido a las características de la conferencia, Chile debía enfrentarse por primera vez con esta palabra de manera oficial, en una instancia internacional que la ponía como parte de sus preocupaciones para el desarrollo global. Esta situación que, según muchos políticos y personas públicas de la época, traería al país problemas gravísimos, se transformó en un tema central para todo el espectro político de la época y ayudó a masificar la palabra género –sin quererlo– instalándola mucho más allá de los horizontes en los que hasta ese momento había estado inserta. Así, de la mano de diarios, noticieros y revistas, el género saltó al gran público a través de las disputas en torno a la posición que Chile debía tomar respecto a la Conferencia de Beijing y, desde ahí en adelante, se insertó como un tema frente al cual el Estado no podía seguir desviando la mirada.

Antes de continuar, me parece necesario incluir aquí un pequeño desvío para pensar en los modos en los que hoy funciona el concepto ideología de género, puesto que esta palabra, surgida desde el corazón del mundo reaccionario –que busca desafiar y hacer retroceder los avances en las discusiones en torno a las luchas feministas, LGBTIAQ+ y por los derechos sexuales–, intenta poner nuevamente en discusión algunas cuestiones que parecen hacernos viajar en el tiempo hasta las épocas en que, en el imaginario político chileno, el género se levantó como

una amenaza nacional y un concepto que sólo traería desgracias, destrucción y peligros. Hoy, que urge la aprobación de una ley de educación sexual integral, que demandamos la legalización del aborto o que marchamos y nos organizamos por una educación antisexista, debemos estar atentxs a los modos en los que este tipo de conceptos y lenguajes se levantan. No es casual que en los tiempos de revuelta feminista surjan conceptos antagónicos fuertemente visibles, aunque vacíos, como este, que buscan detener nuestros avances y sembrar frente a nosotrxs el miedo.

IV. Feminismos e interseccionalidad

El concepto interseccionalidad ha adquirido gran importancia durante los últimos años entre distintas feministas en Chile y, actualmente, circula con fuerza en ámbitos activistas y académicos. Se trata de una palabra relativamente nueva que da cuenta de reflexiones sobre la identidad y la diferencia que comenzaron a ser articuladas durante las décadas de 1970 y 1980 entre feministas que se imaginaron y nombraron a sí mismas como mujeres de color y, también, como mujeres tercermundistas viviendo en EEUU.

Si bien fue la abogada Kimberlé Crenshaw quien acuñó el término interseccionalidad en 1989, es fundamental resaltar que las reflexiones que sustentan en concepto tienen sus raíces en las reflexiones de distintos grupos feministas negros y chicanos activos desde la década de 1970. La noción de interseccionalidad es utilizada para dar cuenta de los modos en los que nuestras formas de estar en el mundo y experimentarlo son articulados por un conjunto siempre abierto de elementos –tales como la raza, el género, la clase, las sexualidades, la edad, nuestra localización geográfica y un largo etcétera– que se encuentran siempre interconectados; es decir, que son inseparables y se modulan mutuamente.

La idea de interseccionalidad ha sido fundamental para los feminismos, porque cuestiona los modos en los que tradicionalmente han sido pensadas las identidades y pone en juego cuestiones que tensionan, también, las formas en las que pensamos las nociones de experiencia y sujeto.

Este concepto nos invita a pensar en la fuerza de la diferencia como espacio desde el cual podemos encontrarnos con otros, toda vez que nuestras formas de estar en el mundo se articulan desde múltiples aristas que, asimismo, son también móviles y cambiantes. Surgen entonces aquí preguntas por el valor de la identidad y por la importancia que esta puede tener a la hora de imaginar las alianzas políticas y los sujetos en los que depositamos nuestras expectativas de cambio.

4. Pensar la diferencia para insistir en seguir juntxs

Estar juntxs, imaginarnxs juntxs y encontrarnos, como feministas, no es permanecer en silencio ni renunciar a las preguntas que nos parecen más urgentes o a aquello que nos toca más de cerca. Al contrario, es romper los límites del silencio, desafiando, quizás, la vergüenza o el miedo para abrir las puertas de lo múltiple e incluso de lo contradictorio.

Muchas veces se nos ha dicho que las diferencias nos separan, que dividen las luchas o que, en algunos contextos, hablar de ellas puede ser pensado, incluso, como una traición. Sin embargo, para estar juntxs, debemos insistir en lo que nos hace diferentes y en las formas en las que eso que nos distancia se transforma en la posibilidad esencial de nuestro encuentro.

El impacto más notable de los feminismos contemporáneos en Chile no es la masividad ni la brillantez enceguecedora de los cuerpos multicolores y apiñados que se cuentan por millones en distintas calles, plazas y ciudades. No debemos dejarnos encandilar por las cifras de las marchas, ni por las veces que escuchamos o leemos la palabra feminista(s) o feminismo(s) en los medios, y tampoco por el número de pañuelos verdes o morados que vemos colgando de las carteras o las mochilas de personas de distintas edades al subirnos al metro o al ir por la calle.

Lo que hace que nuestros feminismos sean urgentes y fundamentales es que funcionan de maneras misteriosas y nunca igual a lo largo de la historia. A veces nos impactan casi sin hacer ruido y a unas escalas que parecen invisibles, pero aun en esos embistes lentos, suaves y acolchados, nos mueven, insisten en la vida, y transforman lo que tocan. Otras veces nos arrollan con una potencia que se juega en pluralidad y la apertura, y nos hacen vibrar y vibrar y vibrar siempre a un ritmo que disiente de sí.

Acercarnos a los feminismos en la historia, en las calles y en la vida debería ser eso. Sentir la vibración de las palabras, la diferencia de sus sentidos y la amplificación de sus significados. Sentir el ritmo de los mundos y encontrarnos unxs con otrxs, siendo diferentes.